

nestas á los Estados. Jamás ocurrió á un Emperador Romano, que debia casarse con una Griega ó Asiática: esta manía de las Naciones modernas ha sido una pequeñez aristocrática, que no hace favor al honor nacional; pues no juzga que haya Señoras nacionales tan ilustres, como las Princesas extranjeras, ó que no haya tan distinguidos Caballeros, que puedan casarse con Princesas nacionales.

De hecho Doña Juana, llamada la Loca, hija de los Reyes Católicos, heredera de Castilla y Aragon, casó con el Archiduque Don Felipe, Padre del Emperador Carlos V, y véase aquí la grandeza efímera de España, y la causa principal de su decadencia progresiva. Todos los tesoros de la América recién conquistada, y la inmensa poblacion de España en aquella época, se agotaron en las guerras que sostuvo en Alemania, Francia, Italia y Holanda aquel Emperador ambicioso, y su hijo Felipe Segundo. En las dietas de Ratisbona se disponia de la formidable Infantería española, y de los *tercios* de Flandes, del mismo modo que si importase á la España, que los Electores del Imperio Germánico estuviesen mas ó menos sujetos á la voluntad del Emperador. Se acabó aquella Dinastía en Carlos Segundo, y comenaron las guerras de sucesion, en que por mas de catorce años se degollaron los Españoles unos á otros; no por la Patria, ni por darse un Rey Español, sino sobre si el Rey de España habia de ser Aleman, ó Frances, deduciendo estas dos Naciones sus derechos de Infantas Españolas, que habian casado en sus paises. Este vértigo, apenas creible, nacia de que los Reynos y las Naciones se miraban, como patrimonio de los Reyes: así éstos vendian, compraban y trocaban las Provincias y los Pueblos, como mana-

\*